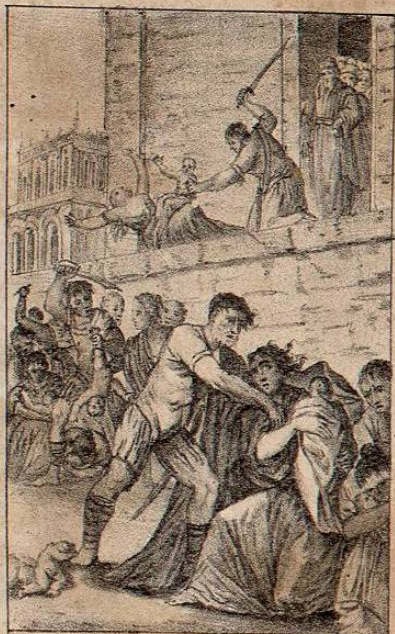


S. Esteban Protomártir.



S. Juan Apóstol y Evangelista.



Los Santos Inocentes Mártires



S. Eutiquio Presbítero.

aventura. ¿Cómo podemos abandonarnos á la casualidad de acertar? Mas todavía es peor lo que hacemos. No solo nos abandonamos á la casualidad de acertar, sino que por nuestra parte nos inutilizamos para conseguirlo.

Es una cosa imposible pasar repentinamente de un extremo á otro; y ¿queremos nosotros que esto sea posible respecto de la muerte? Llenos de malos hábitos, de costumbres corrompidas é inveteradas, queremos en un momento desprendernos de todo, y obrar de un modo enteramente contrario. Tal vez en el instante en que nos sorprenda la muerte, estaremos empeñados en algun proyecto criminal: la muerte misma, en lugar de retraernos de cometerlo, nos ocasionará el sentimiento de que no podamos llegar á consumarlo. Y ¿tendremos buena disposicion para morir? Por otra parte, para morir bien, no solo es necesario que prescindamos de lo malo, sino que practiquemos lo bueno. ¿Nos hemos ejercitado en la humildad, en la castidad, en la caridad? ¿Sabemos siquiera hacer un acto de contricion? Vemos que en una desgracia repentina clamamos al cielo, porque la naturaleza misma nos enseña á buscar el auxilio de su Criador, y acaso en esas demostraciones nos fundamos, para esperar que cuando nos veamos asaltados de la muerte invocaremos la proteccion de nuestro Dios. Pero veamos el interior de esos que claman en la desgracia. Lo único que vemos son las demostraciones exteriores que son muy equívocas. ¿Cuántas de éstas serán efecto de una mera atricion, y cuántas de un temor puramente natural! Esto lo podemos congeturar por la poca enmienda que sigue á la desgracia. A mas de que aunque cada una de esas demostraciones fuera un acto de contricion verdadero, ¿estamos seguros de que tendremos tiempo para hacerlo? Podemos morir en el sueño y de otras mil maneras en que no tengamos lugar de clamar á Dios.

—•••••
DIA VEINTE Y OCHO.

Los Santos Inocentes mártires, y San Eutiquio, presbítero.

LOS SANTOS INOCENTES.

Desde que Jesucristo se dejó ver entre los hombres, comenzó el mundo á declararle una guerra sangrienta: imbuido éste en idea

groseras y carnales acerca de su persona, esperaba en ella un rey poderoso y formidable que sojuzgara las naciones: La hebrea, de donde debia de salir, se lisonjeaba con la esperanza de ser la señora de las demas bajo la conducta de tal principe; pero Heródes el Grande, que hacia treinta y seis años que gobernaba, no podia conformarse con que se quitase el cetro de su familia, y se alarmó su ambicion con la primera noticia que tuvo del nacimiento del Mesías. La llegada de los Magos á Jerusalem, en busca del Rey de los judíos, recién nacido, lo sorprendió sobremanera; mas ocultando sus temores, quiso satisfacer á la indagacion de los que lo buscaban, guiados por la estrella. Al efecto preguntó á los sacerdotes y á los escribas, acerca del pueblo donde debia nacer el Cristo; y habiéndole contestado estos que en Belén, ciudad de Judá, despachó allá á los Magos, haciéndoles ántes prometer que á su vuelta pasarían por Jerusalem á informarlo de todo, *con el fin*, decia él, *de que yo tambien vaya á adorar al niño*. Mas sus intenciones eran bien contrarias, pues solo pensaba en afirmar su trono con la muerte del nuevo rey.

Sin embargo, Dios no permitió la ejecucion de un designio tan cruel como depravado; y habiendo advertido en sueños á los Magos, que no volviesen á ver á Heródes, tomaron éstos otro camino despues de haber tributado sus obsequios al Divino Infante. El Angel del Señor apareció tambien en sueños á José, y le dijo que huyese á Egipto con el hijo y la madre, porque Heródes buscaria á aquel para matarlo. Obedeció José al momento este importante aviso del cielo, y retirándose donde se le mandaba, libró al Niño Jesus de la crueldad del ambicioso príncipe. No pasó mucho tiempo sin que éste sospechase que los Magos lo habian engañado; y no pudiendo ya dudar, se encolerizó hasta el exceso y se aumentaron sus temores. Para conseguir deshacerse con seguridad del recién nacido que los causaba, formó en el desenfreno de su ira y de su ambicion, el proyecto de matar á todos los niños de dos años abajo, que se encontrasen en Belén y en sus cercanías. Dió la orden execrable, y se ejecutó al momento con inaudita crueldad. Los llantos de las madres y de los hijos fueron tales, que San Mateo aplicó con razon á este suceso la profecía de Jeremías: *Se ha levantado un gran ruido de Ramá: se han oido gritos mezclados con lamentos y suspiros de Raquel, que llora á sus hijos, y no quiere consolarse, porque ya no existen,*

Esta profecía, que mira mas inmediatamente á la cautividad de Babilonia, fué cumplida en parte con la muerte de los inocentes. Ramá era una aldea poco distante de Belén, y el sepulcro de Raquel estaba en un campo que dependia de ella. Ademas, es probable que la orden sanguinaria de Heródes, se extendiese hasta la tribu de Benjamin, que se hallaba en las cercanías de Belén, y que descendia de Raquel. Segun la liturgia de los etiopes y el calendario de los griegos, perecieron en esta accion catorce mil niños; mas este es un punto que no está decidido, por parecer á muchos excesivo este número.

Iguales disputas ha habido sobre el tiempo en que se cometió esta gran mortandad: lo mas seguro es que sucedió á pocos dias despues de la fuga del Salvador á Egipto, segun se advierte en el Evangelio, y despues de la adoracion de los Magos, de la purificacion de la Santísima Virgen y presentacion al templo del Hijo de Dios, á los cuarenta dias de nacido, conforme á la ley, es decir, á los dos de Febrero en que la celebra la Iglesia. Debemos inferir en consecuencia, que en el mismo mes fueron sacrificados los niños inocentes, ó cuando mas tarde á principios de Marzo.

Estos niños, sacrificados al furor y celos de un príncipe que pretendia vengarse en ellos del rey que creia haber nacido para despojarlo del trono, se han considerado siempre en la Iglesia como verdaderos mártires de Jesucristo. Ella nos advierte que si no confesaron á su Salvador con la boca, dieron testimonio de la verdad con la efusion de su sangre inocente; nos hace ver en los oficios, que murieron únicamente por causa de Jesucristo: que se tuvo intencion de hacerlos morir en su lugar, y que se creyó haber sido sacrificado el mismo Jesucristo en aquel grande número. San Irineo ensalzó la gloria de su martirio con grandes elogios; y desde los primeros siglos del cristianismo, su memoria se halla consagrada en la Iglesia con los honores públicos que los Santos Padres les habian decretado.

San Eutiquio, presbítero.

La ciudad de Aneyra en Galilea, fué el teatro en que San Eutiquio presbítero, en compañía de Domiciano diácono, acometió y consumió la gloriosa empresa del martirio. Estaba escrito que los fieles de Cristo, y especialmente sus ministros, debian servir de es-

pectáculo al mundo, á los ángeles y á los hombres: vió el mundo correr á la muerte á los hombres con mas ahinco que el con que apetecian la vida en otro tiempo: vieron los ángeles á unos séres que les son inferiores en naturaleza, anhelar por sacudirse la carga del cuerpo, para volar á hacerles compañía en la mansion celestial: vieron los hombres desarrollarse en el discurso de estos sábios una discrecion tal, que supo ver con desprecio todos los bienes presentes por la esperanza de los futuros, y atenerse al derecho de lo que no se vé ni se posee aún, por el sacrificio de lo que se vee y posee en la tierra. ¡Oh sabiduría de Dios, y cuánto hiciste alcanzar á los hombres en el saber y en el obrar!

La Epístola es del capítulo XIV del libro del Apocalipsi del Apóstol S. Juan.

En aquellos dias: Ví que el Cordero estaba sobre el monte Sion, y con él ciento y cuarenta y cuatro mil personas, que tenían escrito en sus frentes el nombre de él y el nombre de su Padre. Al mismo tiempo oí una voz del cielo, semejante al ruido de muchas aguas, y al estampido de un trueno grande; y la voz que oí era como de citaristas que tañian sus cítaras. Y cantaban como un cantar nuevo ante el trono, y delante de los cuatro animales, y de los ancianos, y nadie podia cantar aquel cántico fuera de aquellos ciento y cuarenta y cuatro mil que fueron rescatados de la tierra. Estos son los que no se amancillaron con mugeres, porque son vírgenes. Estos siguen al Cordero do quiera que vaya. Estos fueron rescatados de entre los hombres, como primicias escogidas para Dios y para el Cordero. Ni se halló mentira en su boca; porque están sin mancha ante el trono de Dios.

El Evangelio es del capítulo II de S. Mateo.

En aquel tiempo: El angel del Señor apareció en sueños á José, diciéndole: Levántate, toma al niño y á su madre, y huye á Egipto, y estate allí hasta que yo te avise, porque Heródes ha de buscar al niño para matarle. Levantóse José, tomó al niño y á su madre de noche, y se retiró á Egipto, donde se mantuvo hasta la muerte de Heródes: para que se cumpliese lo que dijo el Señor por boca del profeta: Yo llamé del Egipto á mi Hijo. Entonces Heródes, viéndose burlado de los magos, se irritó sobremanera, y

mandó matar todos los niños que habia en Belén y en toda su comarca, de dos años abajo, segun el tiempo que habia averiguado de los magos. Vióse cumplido entónces lo que predijo el profeta Jeremías, diciendo: Hasta en Ramá se oyeron las voces, muchos lloros y alaridos. Es Raquel que llora sus hijos, sin querer consolarse, porque ya no existen.

MEDITACION.

Sobre la gloria que dá á Dios el nacimiento de Cristo.

Considera que el Salvador del mundo en su nacimiento, dió gloria á Dios no solo con su exaltacion, sino aun mucho mas con su abatimiento. Hecho Hombre el Hijo de Dios, tuvo en su humanidad sacrosanta con que glorificar á Dios infinitamente; porque tuvo ya con que rendir homenaje á Dios su Padre, reconociendo su supremo dominio sobre todas las cosas; pues en cuanto hombre es menor que el Padre, si bien en cuanto Dios es su igual, como que no hay supremacia de una persona divina sobre otra; mas como su humanidad sacrosanta no se puede separar de su divinidad, pues que en una y otra es una y misma la persona, y ésta divina; y como con ella habita en Cristo toda la plenitud de la divinidad, no puede humillarse esta humanidad sacrosanta sin que humille consigo, por esplicarnos así, su infinita excelencia; de donde resulta que la obra que hace humillándose, es infinitamente digna de la aceptacion divina, y por ello de infinita gloria para Dios. Es verdad que en la exaltacion de la humanidad á la divinidad por la asuncion que de ella hace el Verbo, se dá tambien infinita gloria á Dios por la infinita excelencia que le comunica; mas cuando esta misma excelencia es humillada para honra de Dios es mucho mayor la gloria que se dá á Dios; pues el ser exaltado es propio de Dios; mas el ser abatido le es infinitamente impropio, porque son extremos que distan infinito entre sí; y por consiguiente, si abraza la humillacion por la gloria de Dios, hace una obra infinitamente grande.

Considera que aunque en sola la Encarnacion se vea ya una obra de infinita gloria para Dios por la dignacion infinita de la Persona Divina que une á sí hipostáticamente una naturaleza criada, de que la suya divina dista infinitamente por su esencia, añade mucho á esta humillacion el nacimiento; pues en la Encarnacion, á

mas de ser traída la humanidad de Cristo al ser de Dios (sin confusion de sustancias, ni conversion de humanidad en divinidad) habita en un cielo abreviado, en un real trono, como le llamó Salomon; pues en la Madre de Dios no hay mancha alguna; y si una plenitud de gracia y santificacion extraordinaria y asombrosamente grande; mas cuando por el nacimiento descende ya á la tierra del exterminio, como le llamó el mismo Sábio, á la tierra venenosa, á la tierra de maldicion; cuando descende para aparecer Hombre entre los hombres, ocultando su divinidad bajo los velos de la humanidad; cuando descende para aparecer á pocos dias por la Circuncision como pecador y responsable de todos los pecados de los hombres, se encuentra en una habitacion con una compañía y bajo de un carácter tan abatidos, tan humillantes, y tan indignos del Hijo de Dios, que aun á la simple vista de nuestra consideracion se deja ver su inmensidad, ¿qué será á los ojos de Dios que todo lo penetran y á todo dan el lugar y la estimacion que se merece, esto es, que conocen y comprenden lo infinito del mérito con su inteligencia infinita? Luego es preciso confesar que en el nacimiento de Cristo se dá á Dios gloria infinita en las alturas.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¿Qué podré yo proponer en esta meditacion? ¡oh Dios y Señor mio! sino la imitacion posible de esa tu infinita humillacion, con la que yo de justicia debo ante tu soberanía? ¿y qué podré pedirte sino un influjo poderoso de tu gracia que me docilite y me impela á humillarme debidamente? Haz, Señor, que así sea, y que conozca la diferencia que hay entre tu humillacion bondadosa, y la que yo te debo de rigorosa obligacion y necesidad indispensable: concédeme, por último, que ésta, unida á la tuya, ceda dignamente en gloria, honor y alabanza de Dios.

JACULATORIA.

Gloria á Dios en las alturas.

LECCION.

Sobre la Justicia y Juicio.

La virtud de la justicia no es otra cosa que una constante y perpetua voluntad de dar á cada uno lo que es suyo. En estas pocas

palabras están comprendidos nuestros deberes; porque si hemos de dar á cada uno lo que es suyo, tenemos que ejercitar las virtudes, ya en honra de Dios, ya en provecho del prójimo, ya de nosotros mismos, pues tambien nuestra alma y nuestro cuerpo tienen derechos que exigen al compuesto que se llama hombre. De consiguiente, los objetos á que puede extenderse la justicia son innumerables, como que todo aquello en que aparece una obligacion que debemos cumplir, es materia de esa virtud. Pero las partes principales de ella, á que pueden reducirse las fuentes de nuestras obligaciones, son, segun los teólogos, las siguientes. La *religion*, por la que estamos obligados á tributar á Dios el culto y reverencia que le es debido, y comprende aquellos oficios con que lo honramos, reconociéndolo por nuestro Criador, Redentor, Salvador y Glorificador; y son la devocion, adoracion, oracion, sacrificio, los votos y los juramentos; pues cuando los hacemos en materia lícita, y sin las circunstancias que lo vician, damos honra á Dios, porque el juramento incluye entonces un acto de fé, por el que creemos que no puede engañarse ni engañarnos, y bajo este aspecto lo ponemos por testigo ó por fiador de lo que aseguramos, negamos ó prometemos. La *penitencia*, por la que procuramos dar satisfaccion á nuestro Dios, por las ofensas que le hemos hecho. Nada mas justo que reparar el agravio que hemos causado; y si esto se ve con tanta delicadeza y escrupulosidad entre los hombres, ¿cómo deberá verse respecto de Dios? El hacer penitencia por nuestros pecados, no es una gracia que hacemos, sino una obligacion de rigorosa justicia que desempeñamos.

Comprende tambien la justicia lo que los moralistas llaman *obsequancia*, por la cual honramos á nuestros superiores y á todos los hombres que se hallan constituidos en dignidad, y obedecemos sus mandatos. De consiguiente, el primer objeto que esta virtud nos presenta es el de cumplir con los preceptos de nuestro eterno Legislador, como que es Rey de Reyes y Señor de Señores, y nosotros somos sus criaturas y sus siervos, con derechos tan grandes sobre nosotros, que ninguno entre los de la sociedad puede igualarle. La *piEDAD*, por la honra debida á nuestros padres, parientes y mayores, y en general por nuestra patria. La *gratitud*, por la que procuramos recompensar los beneficios recibidos; y segun lo que dijimos ántes, nadie tiene mas derecho á nuestra gratitud

que Dios nuestro Señor. Un filósofo antiguo nos pone tres grados de ingratitude, que es el vicio que se opone á aquella virtud, y nos dice: "Que es ingrato el que afecta no conocer el beneficio recibido, mas ingrato el que no lo recompensa, é ingratisimo el que lo olvida." ¿Qué dirémos los católicos si añadimos el cuarto, cuando volvemos mal por bien, principalmente respecto de nuestro Dios? La *fidelidad*, virtud que nos inclina á cumplir nuestras promesas. La *verdad*, virtud por la que siempre estamos prontos á decirla y es el fundamento de la sociedad humana; pues como dice un axioma: "Sin verdad nada hay bueno."

Pueden igualmente considerarse como partes de la justicia la *amistad*, con la que estrechamos los vínculos sociales. La *afabilidad*, por la que procuramos hacernos agradables á nuestros semejantes. La *liberalidad*, que es una virtud por la cual usamos convenientemente de nuestros bienes, alguna vez puede ser de rigorosa justicia, cuando veamos á nuestro prójimo en extrema necesidad, pues ya entonces nuestra liberalidad se convierte en una limosna que estamos obligados á dar á nuestro semejante necesitado. En fin, la *vindicta*, que no es otra cosa que aquel celo que debemos tener para que se corrijan los males, y no quede impune la culpa ó delito, es la *vindicta pública* respecto de los jueces, y *privada* respecto de los particulares. Entre ambas hay gran diferencia, pues los jueces no pueden desentenderse del castigo de los crímenes, ni aun con pretesto de caridad ó de paciencia. El particular puede perdonar las injurias y agravios suyos propios; pero no puede contribuir á que queden impunes los hechos á su prójimo. Mas aunque puede perdonar los suyos, no se le prohíbe procurar que se castiguen, siempre que lo anime el celo por la justicia, y no el espíritu de venganza, que es lo mas comun, por lo mismo será lo mas seguro seguir el consejo de un sábio moralista: "El que injuriado y agraviado perdona, se asemeja á la naturaleza de Cristo; el que ni ofende ni es ofendido, á la del ángel: el que injuria y agravia, á la del diablo."

Tenemos delante de los ojos el cuadro de la justicia y las demas virtudes que comprende. ¿Pero acaso la pintura de la virtud es solamente para que la contemplemos? No, sino para que la copieemos. Figurémonos que en este instante comparecíamos en el tribunal de Jesucristo; ¿cuál sería nuestra situacion? Veríamos á nuestro ángel de guarda, recomendando nuestra religion, piedad,



St. Tomas Cantuariense.



S. Crescencio Confesor.



S. Sabino Obispo.



S. Silvestre Papa.

penitencia, obediencia, gratitud y demas virtudes, ó al demonio acusándonos de todos los vicios opuestos? ¡Ah! Si á cada instante de nuestra vida consideráramos que podia ser el último de nuestra existencia, viviríamos de manera que estuviéramos prontos á comparecer sin cuidado alguno ante la presencia de Dios; pero no es así: por nuestra desgracia vivimos como si no hubiera un Sér infinitamente justo que ha de juzgarnos. ¿Acaso podemos sustraernos de su jurisdiccion? De ninguna suerte: ó amigo ó enemigo lo hemos de tener siempre cerca de nosotros. “Nunca te librarás de Dios, dice San Agustin; porque si no está en tí por gracia, estará para venganza; y el que no tenga á Dios propicio, lo tendrá airado.

Mas si reflexionamos cuál será su justicia en aquel momento en que nos presentemos ante su trono para recibir el galardón conforme á nuestras obras, y veamos que las que contábamos y teníamos por virtudes, allí se nos manifieste que no era otra cosa sino ilusion y tibieza, bien quisiéramos volver á la vida para reparar lo mal hecho; pero en ese dia ya pasó el tiempo saludable, ya desaparecieron los dias de salud; ahora solo es el tiempo de justicia y de venganza. Nuestro Juez no es aceptador de personas; el rico y el pobre, el rey y el vasallo, el sábio y el ignorante, todos han de ser juzgados por una misma ley y con arreglo á unos mismos principios. Con la ley en una mano y el libro de nuestra conciencia en la otra, serémos examinados.

DIA VEINTE Y NUEVE.

Santo Tomas Cantuariense, y San Crescencio confesor.

SANTO TOMAS.

Santo Tomás nació en Lóndres, á 21 de Diciembre del año 1117, siendo sus padres Gilberto Beker, noble caballero inglés, y Matilde, hija única del Emir de Jerusalem, que habiendo huido de la casa de su padre para abrazar el cristianismo, casó despues con Gilberto. La primera educacion de Tomás fué muy piadosa, pues su madre, modelo de señoras cristianas, cultivó sus naturales y bellas inclinaciones, conforme á los principios de la religion católica. Puesto de pensionista en un monasterio, se dedicó con el mayor